

A. EXAMEN INICIAL DE LOS PROBLEMAS MÁS IMPORTANTES DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

1. *La filosofía de la Antigüedad*

“FILOSOFÍA” no ha significado inicialmente nada más sino aquello que quiere decir propiamente la palabra: el amor al saber. Hubo un tiempo en que aún no estaba separada la filosofía de las distintas ciencias y de su actual multitud. Entonces, todavía en el tiempo en que estaba a su altura clásica el espíritu de los griegos, se incluía en ella el saber entero de aquel tiempo. Únicamente en el curso de los siglos se fueron desligando lentamente de la filosofía las distintas ciencias. Puede seguirse este proceso hasta los tiempos más recientes; así, únicamente en el siglo XIX se hicieron independientes la psicología y la sociología.

Las cuestiones más importantes de la filosofía, que en su núcleo son preponderantemente cuestiones metafísicas, son en lo esencial cuestiones que han pedido desde el comienzo hasta hoy soluciones siempre nuevas. La insolubilidad de sus problemas es un rasgo esencial, característico de la filosofía. La respuesta a la pregunta ¿qué es filosofía? puede, pues, decir: la filosofía es el estudio de aquellas cuestiones que no pueden resolverse totalmente y por ello son perennes. A este respecto declaró Kant al principio de la *Crítica de la razón pura*: “La razón humana tiene el peculiar destino, en un género de sus conocimientos, de cargar con cuestiones que no puede repudiar, . . . pero que tampoco puede responder.” Así parece a primera vista casi como si estuviese la filosofía condenada

a permanecer en la incertidumbre y a no poder hacer progreso alguno.

Sin embargo, es por otra parte la filosofía, como lo expresó igualmente Kant, a su manera la reina de las ciencias. Pues es aquella en que se trata de una visión del mundo entero, donde el sentido de “mundo entero” tiene que tomarse con una gran amplitud; en él entran no sólo los amplios dominios de la naturaleza física, sino también la Divinidad, el hombre, su conocimiento, su alma y el espíritu. La filosofía sigue dentro del dominio de sus temas aun cuando ha hecho el giro que retrocede de la visión del mundo a la esencia de esta visión, es decir, a la esencia del conocimiento.

En los antiguos tiempos se entendió por este amplio dominio la metafísica. La palabra misma debe su origen en rigor a una ocasión extrínseca. La obra de Aristóteles que trataba los problemas que se designan hoy como “metafísicos” estaba en la colección de sus obras detrás de la física (*μετὰ τὰ φυσικά*—*metá ta physiká*). Aristóteles mismo llamaba a la metafísica la “filosofía primera” (*πρώτη φιλοσοφία*—*prote philosophía*) o la ciencia del ente en cuanto ente *ἐπιστήμη τοῦ ὄντος ἢ ὄν*—*episteme tou ontos he on*) o del ente en cuanto tal.

En el orden de las cosas precede a todo lo demás. La denominación “metafísica” es, sin duda, en su mero sentido literal demasiado estrecha. Pues trata entre otras muchas cosas, por ejemplo, el derecho y las artes, y cuando también se ocupa con el problema, con los trasfondos del alma humana, podría designarse igualmente su tema como “metafísico”. La significación de la metafísica viene a parar en ser la ciencia de lo que está detrás de las cosas. Así abarca más tarde, digamos, las cuestiones del origen del mundo, del origen del ser psíquico, de la sociedad humana y de la cultura.

Los comienzos de este saber son por cierto modestos. Surgieron de lo que sabía del ser natural el hombre. Así sucedió, al comienzo de la filosofía griega, que se considerase como origen de las cosas un principio ya no susceptible de derivación ni explicación — como Anaximandro consideraba lo infinito o bien lo indeterminado (*ἄπειρον*—*ápeiron*). Lo que se mienta es un principio del que saldrían por diferenciación las

distintas cosas. Por primera vez está pensado también como un principio divino lo indeterminado en Anaximandro. El proceder de él las cosas se lo representaban como un pecado por el que tendrían las cosas que pagar una pena o expiación. Se veía, pues, en el nacimiento de las cosas una injusticia (*ἀδικία*—*adikía*), cuyo sentido está realmente en que las cosas se encuentran condenadas a sucumbir de nuevo. Por su nacimiento, que estriba en la determinación o la limitación, pagan una pena o expiación unas a otras, siempre a lo primero que sale de ellas. Así encontramos ya aquí algo de la fundamental concepción de un proceso que abarca el mundo entero.

Esta concepción no se halla de ninguna suerte aislada, sino que medio siglo más tarde (ca. 500 a. d. J. C.) brota de nuevo en la filosofía del eléata¹ Parménides. Éste se figuraba el nacer y perecer como un brotar el ente de la nada y un retornar a la nada. Aquello que llamamos propiamente el ente no es para Parménides propiamente ente, sino también al par no ente. Pero esto último no es. Tampoco puede pensarse; pues sólo se puede pensar el ente. Ahora bien, si se entiende el devenir como el paso del no ser al ser y de nuevo al no ser, y el no ser, supuesto de este devenir, no existe en absoluto, de ello se sigue que tampoco el devenir puede en absoluto ser real. Es, antes bien, mera apariencia (*δόξα*—*doxa*) que nos es impuesta por los engañosos sentidos. Pero el verdadero ser que se halla detrás del devenir no perece ni nace, tiene perennidad e inmortalidad. (Esta concepción, que ve en el ser y el devenir dos formas del todo diversas de existir, se halla en oposición a nuestra idea actual para la que todo ente real se encuentra en devenir.)

Simultáneamente con Parménides enseña Heráclito otra doctrina. Para él es el mundo entero un constante devenir, un flujo (*πάντα ῥεῖ*—*panta rhei*). El proceso, el devenir, es el verdadero ente. No podemos ascender dos veces por el mismo río, no sólo por haberse vuelto el río otro, sino porque también nos hemos vuelto otros nosotros mismos. En este proceso es el camino hacia arriba —de la nada al ser— y el camino ha-

¹ Elea = ciudad comercial (colonia) griega del sur de Italia.

cia abajo —del ser a la nada— uno y el mismo. El nacer de una cosa es el perecer de otra. En este paso de una a otra consiste justamente el proceso del mundo.

Pero en medio de este cambio de las formas reconoce Heráclito algo que da cohesión al proceso y permanece detrás de él como algo idéntico. Es el *λόγος* (logos). (Esta palabra, difícil de traducir, quizá se traslade aquí mejor que de ninguna manera por “ley del mundo”.)

En el problema ontológico del ser en cuanto tal había, pues, emergido junto a la cuestión de la materia primitiva la de un “principio formal” — como se lo llamó más tarde. Se apoya en la uniformidad ya observada temprano y el constante retorno de formas en todos los dominios. Así, no es asombroso que un siglo más tarde, aproximadamente, emerja una doctrina que eleva a principio la forma misma. La expresión del momento para ella fue *εἶδος* (eidos). Este *εἶδος* retorna siempre en los distintos individuos; tiene el carácter de un arquetipo conforme al cual están hechas las distintas cosas. El sentido eterno de esta conocida teoría platónica de las ideas es el de que hay realmente formas que permanecen iguales. El principio formal se parece en algo a un imán que atrae hacia sí las cosas singulares. Las cosas tienen la tendencia a ser tal como las ideas que permanecen intactas y son eternas, pero no las alcanzan del todo, resultando más débiles que las ideas.

427-347 a.d.J.C.

Este reino de las ideas podemos alcanzarlo justamente con nuestro pensamiento; o más propiamente, nos acordamos de él. Pues nuestra alma ha visto directamente las ideas —como declara Platón— en su preexistencia antes de entrar en nuestro cuerpo. Al unirse al cuerpo, es decir, al nacer el hombre, pierde este conocimiento. Pero cuando en el curso de la vida percibe en la tierra las imperfectas reproducciones de las ideas —las cosas—, se acuerda de las formas perfectas. Este recuerdo, esta reminiscencia (*ἀνάμνησις*—anámnesis) hinche toda la vida humana. *Ἀνάμνησις* quiere decir también sacar a luz. Es un sacar a luz desde las profundidades del alma, que se suscita a menudo preguntando con destreza. Sócrates era un maestro de este arte de hacer al hombre dar a luz, preguntán-

469-399 a.d.J.C.

dole, la idea yacente en él y reflexionar sobre ella. Al comienzo del camino de la reflexión está la convicción de la propia ignorancia, el saber de la ignorancia.

La influencia de Platón ha sido muy grande. Una y otra vez pueden verse emerger en la historia de la filosofía su doctrina o concepciones parecidas a ella. En general, pueden reducirse la multitud de los nombres, de los sistemas y teorías, de los conceptos que les dan título, a lo largo de la historia de la filosofía, a relativamente pocas imágenes del mundo, que retornan constantemente.

El ocuparse con la historia de la filosofía es también exigencia de una introducción; pues la filosofía tiene, en oposición a otras ciencias, que habérselas siempre de nuevo con su historia, en la que se ha intentado contemplar el mundo como un todo. Una tal contemplación viviente y superior es lo que significa primitivamente también la palabra *θεωρία* (theoría), y no una doctrina puesta en conceptos abstractos. No deben manejarse los conceptos filosóficos fundamentales sin volver a sacar de ellos la visión primitiva, sin echarse a cuestras lo que llamaba Hegel el "esfuerzo del concepto".

El concepto de *θεωρία* (theoría) se halla en el umbral de la filosofía aristotélica. Ésta, con su definición del objeto de la "filosofía primera", el ser como ente, caracterizó para todos los tiempos la ciencia fundamental. Aquí, en Aristóteles, se sintetizaron las cuestiones del principio, de lo idéntico que hay en el fondo del mundo del devenir, en la oposición de materia y forma. Todo lo que hay es, según esta manera de ver el mundo, por un lado materia, que es indiferenciada como el antiguo *ἄπειρον* (ápeiron) de Anaximandro, inconcebible e incognoscible. El otro lado de las cosas es la forma (*μορφή*—*morphé*). En esta enseñanza de Aristóteles, de que el universo consiste en materia y forma, se inicia la filosofía clásica que estuvo en vigor hasta pleno siglo xvi.

384-322 a.d.J.C.

Todo resulta atraído por el arquetipo como por un imán. Como las ideas son lo único perfecto, se desplaza con toda

claridad el centro de gravedad del más acá al más allá. Queda desvalorado el mundo terrenal.

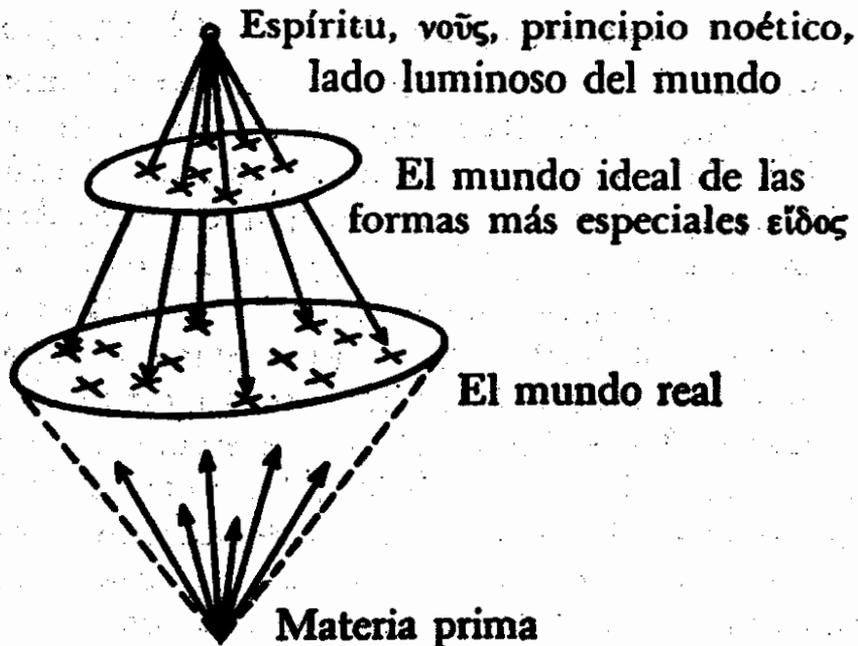
Representación esquemática

TEORÍA PLATÓNICA DE LAS IDEAS:



En la filosofía aristotélica lo atrae todo el principio que hay en el fondo de todo. Como el amor o el anhelo, tiende todo hacia él. Es el principio del espíritu, que ocasionalmente

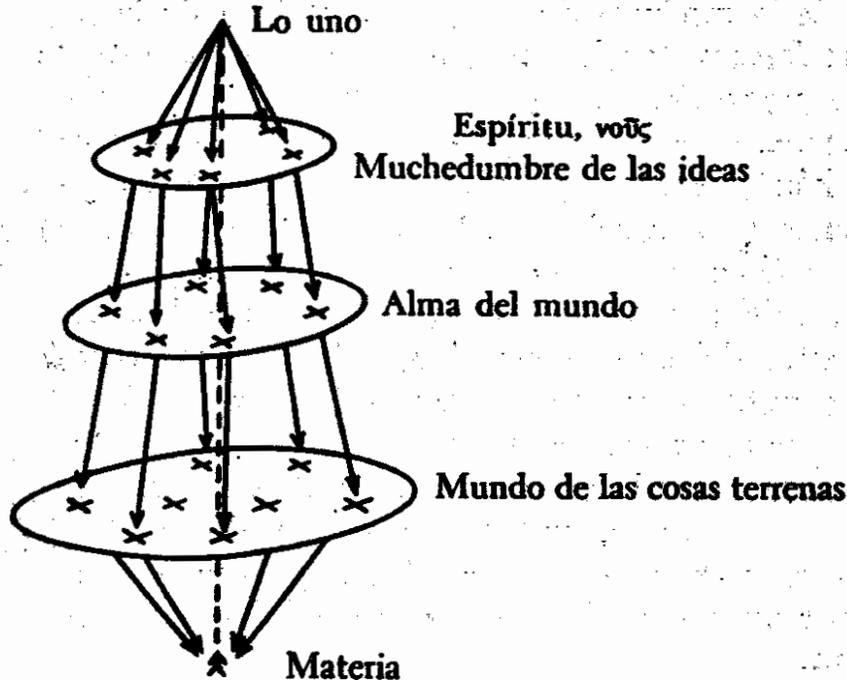
METAFÍSICA ARISTOTÉLICA:



se llama también $\theta\epsilon\acute{o}\varsigma$ (theós). Mientras que Platón admitía que las ideas existen independientemente en un mundo superior, habla Aristóteles de la esencia existente *en* las cosas.

Gracias a este desplazamiento de las viejas ideas platónicas al interior de las cosas, se le devuelve al mundo real el peso superior que se le había arrebatado en Platón. Pero la diferenciación dentro del reino especial de la forma, la acuñación individual del mundo de las cosas reales, depende sólo de la materia. Sólo la materia es el principio de individuación. Este intento de explicación de la formación de la individualidad, aun cuando pudiera concedérsele validez dentro del reino de lo inorgánico, no puede menos de fracasar en su aplicación a la vida animal, o más aún a la humana.

En el ulterior curso del proceso de la historia de la filosofía apareció Plotino (siglo III a. d. J. C.) con el sistema del neoplatonismo. Por encima del espíritu del mundo se alza Plotino todavía a un grado más alto, en el que piensa situado lo absolutamente "Uno". Únicamente luego siguen el reino del espíritu con su muchedumbre de ideas, el alma del mundo, la muchedumbre subordinada de las cosas y, finalmente, co-



mo gran incógnita, la materia. En esta serie se gradúa también la perfección de los distintos grados. Cada grado procede del inmediato superior sin que se aminore la sustancia del